

en los encuentros y stands, y, especialmente, en los foros, orientados en cuatro direcciones, muy polémicas hoy:

a) Las relaciones humanas en la empresa.

b) La socialización: *actualmente en boga e invadiendo cada día más ámbitos y en mayor grado.*

c) La familia en la sociedad actual, *que también sufre los ataques socializantes junto a las corrientes disolventes, confluyendo ambos en aislar individuos que masificados son objeto del socialismo estatal.*

d) *Y el análisis de la actual invasión de ideas marxistas en los manuales de historia, que la deforman y falsean su perspectiva, que no debemos perder sino recuperar, para que nos sirva de experiencia y enseñanza confirmándonos los principios de nuestra doctrina.*

Como prólogo a la primera de estas cuatro cuestiones, orientadas a una labor práctica, publicamos también —después del estudio antes señalado— una exposición del Centre d'Etudes des Entreprises, que anticipa la dirección en torno a la cual desarrollarán sus foros nuestros amigos Patric Jobbé Duval y Jacques Leroy. También conviene leerla, y meditar su contenido, antes de nuestra Reunión.

LA RAZ DEL ERROR, ¿EN EL ENTENDIMIENTO O EN LA VOLUNTAD?

ANTE EL FRACASO DE LA FILOSOFÍA MODERNA.

POR

LUCAS GARCÍA-BORREGUERO

El mundo moderno no sufre que se le hable de sus errores; mucho menos sufre que se le hable de sus pecados. Gústete o no, el error es un hecho y el pecado también.

Hasta ahora hemos culpado a la filosofía, a sus desviaciones y errores, el malestar del mundo. Y hay que tener el valor de culpar

en bloque a esta nefasta filosofía, porque ella, en sus ideas fundamentales, está envenenada y envenenando cuanto toca. "La filosofía moderna —dice el Padre Klimke en su *Historia de la Filosofía*—, considerada no en cuestiones particulares, sino en el conjunto de soluciones a los problemas del mundo, del hombre y de Dios, ha sido un completo fracaso". Por eso se ha dicho con reiteración que el problema del mundo es una cuestión metafísica, no sólo de metafísica general, sino también, como hemos visto, de metafísica especial, donde entran en juego el mundo, el hombre y Dios. Pero a la metafísica es de justicia concederle un turno a consumir en su propia defensa. El hombre es quien hace metafísica, buena o mala metafísica; si el hombre no fabrica la verdad, él es quien la va descubriendo y ordenando poco a poco, en sus líneas generales, primero, y en sus matices particulares, después. Con permiso del pensamiento moderno heterodoxo, sea de signo idealista o voluntarista, el hombre no es el autor de la verdad. El hombre puede estar en la verdad lógica, por la adecuación del entendimiento a las cosas, en las cuales se halla radicalmente la verdad; puede asentir a lo falso, caer en el error. La evidencia nos muestra en primer término la limitación de nuestro entendimiento afectado de innumerables ignorancias. Es un hecho innegable. Ignorar, empero, no es errar; por esa razón el entendimiento humano, en medio de sus limitaciones, puede ser infalible; de hecho lo es siempre que el objeto se le muestra convenientemente y no es obstaculizado en sus funciones y actividades. En este sentido, es cierta la afirmación aristotélica de que el entendimiento es siempre recto. Se impone, pues, esta afirmación: el entendimiento, por sí mismo, de ninguna manera es causa del error; cuando yerra —y la experiencia nos enseña que el entendimiento yerra con lamentable frecuencia, incluso en materias de gran entidad— la semilla y causa de sus errores le son extrínsecas. Para que la mente instale a la falsedad en el trono de la verdad, aquélla ha de presentársele con vestido de reina, disfrazada de verdad, *sub specie veritatis*; el entendimiento es siempre la facultad de la verdad, sea esta verdad real o existimada. Tampoco las cosas son causas del error; ellas son totalmente verdaderas, se identifican con su propia naturaleza, con su ser, que siempre es verdadero. Si la verdad lógica es la adecuación o confor-

midad del entendimiento con la cosa y, en el sentido explicado, el entendimiento es infalible y las cosas verdaderas, ¿cómo es posible el error? ¿Cómo es posible un juicio en que el predicado no convenga al sujeto? Por supuesto, se dan cosas cuya naturaleza tiene cierta complejidad, que oscurece su clara visión, y hasta guardan unas con otras cierta similitud, una aproximación tal que sumerge como en una zona de sombra lo que en ellas mismas es nítido contorno. Por supuesto también que el entendimiento humano es más flaco de lo que ciertas conquistas por él realizadas pueden hacer pensar, flaqueza que sube de punto si se atiende a la herida causada por el pecado original; en la actual economía nuestro entendimiento, sobre flaco, es un herido. Pero esa dificultad de las cosas y esa delgadez constitucional y morbosa del entendimiento sólo son causas remotas, tal vez sólo ocasiones y condiciones del error. La causa próxima, la que influye inmediatamente en el entendimiento para que éste emita un juicio falso y caiga en el error, es la voluntad. En efecto, únicamente el objeto evidente y la facultad espiritual que llamamos voluntad pueden determinar a la mente a un asentimiento; si no es, pues, el objeto evidente quien lo impone, es la voluntad quien lo impera. La voluntad, que está ordenada a la promoción y conquista del bien conveniente al hombre entero, necesita que le estén sometidas, aunque en diverso grado, las demás facultades humanas, el entendimiento inclusive; la voluntad, a quien pertenece el fin del hombre, tiene el deber y el derecho de mover a las potencias encargadas de suministrar los medios para el fin. Ella impone al entendimiento, en las cosas no evidentes, un asentimiento que rebasa lo que éste percibe. Sin duda que en ese asentimiento impuesto hay una extralimitación de la voluntad, un abuso y violencia de la voluntad sobre el entendimiento. La voluntad tiene la facultad de elegir y elige, elige aquel asentimiento. Si en esta elección obra bien o mal, si es pecado o no es pecado imponer el error, es ya otra cuestión, una muy importante cuestión.

Es doctrina corriente entre los teólogos que Adán, en el estado de inocencia, no era sujeto de error. En ese estado no existía ningún mal y el error es un mal del entendimiento. En ese estado Adán no hubiera sabido nada opinando; todos sus conocimientos hubieran

sido ciertos. De ahí que San Agustín diga que el error no pertenece a la naturaleza del hombre tal como salió de las manos de Dios, sino del hombre ya castigado. De esta doctrina podemos llegar a esta conclusión: a lo menos el primer error es pena del pecado; y a esta otra: de hecho en la vida del primer hombre antes que el error se dio el pecado ¿Nos autorizan estas conclusiones para generalizar, afirmando que a todo error le acompaña el pecado? Rotundamente podemos afirmar que todo error *imprudente* tiene razón de pecado. Si resultara que todo error es imprudente, entonces sí que podíamos llegar a la generalización. Y ¿cómo puede no ser imprudente el error? El error no es simple ignorancia; a ella el entendimiento añade un acto; emite un juicio, una sentencia falsa acerca de lo que ignora, y esto —dice Santo Tomás (*De Malo*, q. III, a. 7)— no se hace *sine praesumptione*, sin imprudencia y ligereza, máxime —añade el Santo— en cosas donde hay peligro de errar. El entendimiento que yerra no tiene por sí mismo motivos suficientes para el error ni los puede encontrar en las cosas en que yerra. Su estado es un estado de indiferencia e inercia del cual le saca la voluntad, imperándole un acto de adhesión falsa, y esto no por motivos intelectuales suficientes y legítimos; que entonces no se daría el error, como es obvio. Sin embargo, la voluntad no deja de tener sus motivos: son sus simpatías y antipatías, sus filias y sus fobias, sus codicias, amor y miedo, sus amores y horrores, su vanidad, su pereza, sus intereses bastardos, sus pasiones... En la ciénaga de estos bajos fondos se incuban los errores, sobre todo cuando éstos versan sobre materias que postulan y entrañan un determinado estilo de vida práctica, una exigente norma de conducta.

La influencia de la voluntad y de la mala voluntad sobre el entendimiento es atestiguada por pensadores de las más divergentes tendencias. “La maldad —dice Aristóteles en su *Ética* a Nicómano— engaña con relación a los principios prácticos, de modo que es a todas luces imposible ser juicioso cuando no se es bueno”. Así hablaban también Descartes, La Bruyère, Rousseau, Tomás Merton... Por citar algunos cuyos testimonios tenemos a mano y que omitimos porque todos expresan las mismas ideas. Nos interesa más recoger algunos testimonios de la Sagrada Escritura donde se ve clara la

influencia de la mala voluntad sobre el entendimiento. En San Juan (3, 18-21) leemos: "El que cree en El —el Hijo de Dios— no es juzgado (condenado); el que no cree ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. Y el juicio (de condena-ción) consiste en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas. Pero el que obra la verdad, viene a la luz, para que sus obras sean manifestadas, pues están hechas en Dios". La conclusión de estas palabras es ésta: según es la ética es o puede ser la metafísica. Ellas explican también el misterio de la in-credulidad de los hombres.

En sus discusiones con los judíos Jesús repite esas ideas en estos términos terribles: "El que es de Dios, oye las palabras de Dios (Jo. 8, 47). Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios". No sois de Dios moral y espiritualmente; sois descreídos porque sois pe-cadores. El mismo Jesús concreta alguna de las causas de la incre-dulidad. "¿Cómo podéis creer vosotros —dice a los judíos— (Jo. 5, 44) que recibís la gloria unos de otros y no buscáis la gloria del Unico?" Se apunta en ese versículo a la soberbia, ambición y vana-gloria, raíz última de todo pecado. Fue el pecado de los ángeles y el pecado de nuestros primeros padres. Dice San Agustín que el ángel, caído por la soberbia, pasó ese mismo cáliz a Adán. Y por supuesto, nuestro primer padre lo pasó también a sus hijos. Pretendió Adán la divina semejanza: *eritis sicut dii*, seréis como dioses. Ser, como Dios, la norma del bien y del mal; ser su propia ley y gozar de autonomía con respecto a la ley de Dios. Es más, ser, como Dios, su propio fin y felicidad; bastarse a sí mismo para alcanzar con sus solas fuerzas naturales ese fin y esa felicidad. Si se nos permite cierto desenfado en la expresión, diremos que Adán en ese mal paso de su vida se movía en una atmósfera auténticamente laica, se adelantó a su tiem-po, preluvió a Protágoras, era un kantiano...; aunque también se puede decir que el laicismo es un fenómeno de regresión a Adán, en su primer pecado y que la filosofía moderna, en su esquema, es eminentemente retrógrada, satánica, luciferina. ¿Cómo, sin un gran pecado que le sirva de base, se puede explicar que esta filosofía haya

negado no sólo las verdades contenidas en el depósito de la revelación cristiana, sino también las grandes verdades de orden natural, objeto de la razón? ¿Cómo una filosofía inserta en el marco geográfico y cultural de la Cristiandad se ha tornado herética y atea? Si la fe no se pierde de buena fe, si Dios no abandona si antes no es abandonado, ¿cómo de nuevo se ha dejado raptar esta Europa y la cultura occidental por el jupiterino toro de la paganía? ¿Cómo la Europa cristiana, lustrada con aguas bautismales, ha vuelto al *taurobolium* de Juliano el Apóstata, y la que cantó en sus aclamaciones medievales el *Christus vincit* entona hoy un *Requiem aeternam Deo*? ¿Cómo ha podido perder de vista a Dios? Este es el gran problema y tragedia de nuestro mundo: la pérdida de Dios.

San Pablo, escribiendo a los Romanos (1, 18), nos dice que las aberraciones de la mente no se explican sin la intervención de una voluntad perversa. "Se revela, en efecto, la cólera de Dios desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que oprimen la verdad con la injusticia. Porque el conocimiento de Dios existe claro en ellos, puesto que Dios se lo manifestó. Pues los (atributos) invisibles de Dios se hacen visibles por la creación del mundo, conocidos por la inteligencia en sus obras: así su eterna potencia como su divinidad; de suerte que son inexcusables. Por cuanto habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le hicieron gracias, antes se desvanecieron en sus pensamientos y se entenebreció su insensato corazón. Alardeando de sabios, se embrutecieron, y trocaron la gloria del Dios inmortal por un simulacro de imagen de un hombre corruptible, y de volátiles, y de cuadrúpedos, y de reptiles". El Apóstol habla de los gentiles y afirma que son culpables ante el tribunal de Dios; que son inexcusables, no precisamente los que no alcanzan el conocimiento de Dios a través de las criaturas, pues da por supuesto que todos le poseen, sino los que oprimen y como ahogan lo verdad claramente conocida con la injusticia de sus obras. De esa injusticia arranca asimismo la ulterior degradación del hombre que en la idolatría llega a su punto más bajo. Pero los ídolos, en muchos casos, eran las pasiones del hombre deificadas. Uno se pregunta qué diría el Apóstol, que hablaba así de los gentiles, del mundo del siglo XX, viéndole curvado no ante ídolos de oro o de plata, sino

ante ídolos fabricados en todos los *deitrus* pasionales; o qué diría de tanto intelectual heterodoxo el sabio, que llamó "ingénitamente necios", y por consiguiente, tontos de remate, "a todos los hombres en quienes se halló el desconocimiento de Dios" (13, 1). Seguramente que pronunciaría la misma terrible sentencia: son inexcusables. son más culpables que los antiguos gentiles.

LA EMPRESA, EL HOMBRE Y EL TRABAJO

Desde hace cierto tiempo, existe una preocupación a todos los niveles acerca de la reforma de la empresa. Llamamos la atención de nuestros amigos sobre el valor de la declaración siguiente: es la del director de una empresa que emplea más de 2.000 personas, y muestra el tipo de reforma que se puede hacer en la empresa para desarrollar un ambiente humano en el cual las aspiraciones de los hombres se conjugan con las exigencias de una eficacia en el trabajo.

Damos las gracias al Centre d'Estudes des Entreprises que nos ha autorizado a publicar este texto publicado en el número 29 (agotado) de CEE INFORMATION bajo el título: «Ambiente humano de las empresas y eficacia de la producción».

Todos los empresarios que encontramos están preocupados por la mejora del ambiente social de su empresa y del rendimiento de su producción.

Estos imperativos les parecen muchas veces antinómicos. La experiencia que hemos realizado en nuestras empresas ha tratado, sin embargo, de poner en obra todos estos datos en un conjunto sencillo, coherente y eficaz. Empezada hace ya unos quince años, perseguida con paciencia y prudencia, puesta en marcha muy progresivamente, ha sido aplicada a todos los niveles. Unas reformas bastante radicales introducidas primero en la fabricación han sido proseguidas hasta los departamentos administrativos, con el fin de obtener una unidad de conjunto que, en su sencillez, es la condición de una buena gestión.

Esta experiencia de más de quince años fue puesta a prueba en